

PARTICIPANTE: RELATO SOBRE  
BUJALANCE 3

TÍTULO: El Poeta y el Ángel

SEUDÓNIMO: Teresbubu

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



## El Poeta y el Ángel

Él no me conoce. Nada sabe de mi existencia, aunque a veces me piensa.

Me gusta observarlo dibujar minuciosamente sus bocetos a lápiz o preparar con infinita paciencia paletas de colores; y también cuando dirige su mirada al lienzo, aún medio desnudo, y corrige algún detalle que rompe la armonía.

Lo espero a la hora del Ángelus, momento infalible en el que llega a la antigua casa familiar donde tiene su estudio. El girar de la llave que abre la cancela del remoto caserón me precipita junto al pozo del patio principal de la casa, lugar privilegiado desde el que, a través de las amplias cristaleras del viejo comedor, contemplo con deleite esa elegante rutina con la que hojea el periódico o reordena con precisión de cirujano los objetos que ese día le servirán de inspiración. Mientras, los rayos de sol trazan indescifrables jeroglíficos de luz y color en los vidrios que se interponen entre nosotros.

Estos encuentros con Mario coronan cada mañana mi vuelo sobre el pueblo de Bujalance, una *vista general* que nunca llega a cansarme. La calle de las Monjas y el Paseo Viejo; una parada fugaz en la espadaña de la Milagrosa para luego subir con febril impulso al campanario de la Asunción; el descanso; la reflexión sobre sus gentes aún dormidas; y el recuerdo del poeta, que con su pluma un día les regaló la eternidad. Continúo por la calle Ancha y la plaza de Palomino, desde donde asciendo de nuevo para hacer girar la veleta de la torre de San Francisco; y siempre, de modo invariable, acudo a mi cita con la ermita de Jesús. Ahí me detengo, casi siempre presa de una grata inspiración. Los colores de la campiña se funden en mis ojos: en primavera los verdes triguales, y amarillos los ocres del otoño; y el dorado que los blancos caseríos toman prestado de la aurora.

Mirando con los ojos del poeta, atónito en septiembre, parado en el *aire*, me regocijo con los cielos y campos eternos de su *nostalgionario andaluz*.

Un día Mario me soñó. Así pude comprobarlo al leer, no sin cierto pudor, una cuartilla doblada sobre su escritorio:

*«durante un corto duermevela en el que he caído después del mediodía he tenido un sueño que puede ser materia interesante para un poema. Sin estar muy seguro al principio de su irrealidad, he notado un aleteo a mi alrededor que en un primer momento he atribuido a una mariposa turbando mi descanso, pero que luego se me ha revelado como una vaporosa*

*forma alada con la imagen de un ángel. Como quiera que, lejos de asustarme, su presencia me era del todo familiar, lo he seguido en su vuelo hasta la espadaña de la Vera Cruz, donde ha saludado e intercambiado algunas palabras con ese otro ángel que habita en su veleta. Ese diálogo de querubines me ha inspirado muchísimo y pienso que algún día tal vez pueda dejarlo atrapado para siempre en unos versos. Luego hemos continuado sobrevolando el pueblo que me vio nacer, y el viaje no solo ha sido en el espacio sino también en el tiempo. Me he visto de niño correteando entre atildadas casas blancas y plazas empedradas, avistando torres y campanarios que yo creía anclados en el cielo; me he visto, al fin, acudiendo a la llamada de mis padres y entrando en la casa donde ahora intento reflejar en unos lienzos esos entrañables rincones que siempre me han acompañado. Y después, si ha habido más, no logro recordarlo. Me ha despertado el lejano sonido de una guitarra, o al menos eso es lo que me ha parecido, porque en el mismo instante en que he pasado a la vigilia he dejado de escuchar nada.»*

La nota, escrita con caligrafía apresurada y un poco titubeante —tan lejos de su proceder habitual—me ha mostrado que es capaz de notar mi presencia, y hasta de escuchar el sonido de mi guitarra cuando me distraigo tocándola en el jardín del fondo de la casa. No en vano, sin saber nada de mí, ha acertado a dibujarme con ese mágico instrumento entre las manos pensando que solo se trataba de una metáfora del arte flamenco; ese que tantos versos le ha inspirado. Es uno de sus dibujos más querido para mí y espero que algún día lo plasme en un lienzo.

Pero ahora hay algo que me tiene desconcertado y me provoca no poca curiosidad, y es el desasosiego con el que lo veo observar el lienzo en el que está trabajando últimamente. Diríase que anda absorto en desentrañar un misterio que en algún sentido lo supera; o bien que intenta dar forma a algo que no termina de cristalizar en su imaginación. También he pensado que podría tratarse de la impresión que haya podido causarle ese sueño del que acabo de dar cuenta. O tal vez sea una combinación de todo ello. En todo caso siento un enorme interés por volver a mirar ese cuadro y ver a qué se debe esa turbación.

Aguardo paciente la hora en que Mario termina su labor y que, como cada día, llega calmada e inequívoca. Es otro grato momento al que asisto con fervor. Lo veo limpiar cuidadosamente los pinceles y colocar con esmero cada uno de sus enseres en su justo lugar,

como si de un rito litúrgico se tratara. Luego, se levanta de su silla de trabajo y, pausadamente, abandona la casa.

Mi espera ha concluido y por fin puedo asomarme al misterio que tanto agita mi espíritu. Me dirijo veloz hacia el lienzo y concentro mi atención en los intensos y vibrantes rojos de óleos aún frescos que manchan de forma sobrenatural el fondo de la pintura. Los miro. Sernejan un cielo ardiendo en diferentes tonalidades, repleto de trazos magenta y anaranjados, mezclas de oros rubí y amarillos intensos.

El cuadro ha cobrado vida desde la última vez que lo vi. Sus colores me parecen una metáfora del fuego sagrado. Me llaman. Quiero sumergirme en ese ocaso incendiado, perderme en su oleaje escarlata y desentrañar, quizás, el misterio que habita en el alma del poeta.

Y, fiel a mi propósito, penetro en el lienzo de manera sutil. Primero los pies y las manos: tanteo el espacio, que no me es extraño, sino todo lo contrario. Después sumerjo la cabeza y, por fin, las alas junto al resto del cuerpo.

Me siento flotar ligero, alegre, en una materia densa pero suave que me acuna entre aromas aceitados y un resplandor dormido que todo lo llena. Juego como un niño desparramando aquí y allí los colores que luego tendré que colocar de nuevo en su sitio original. Tal es mi júbilo que pierdo la noción del tiempo. Alcanzo a comprender cómo el cielo, profundo e inabarcable, se vuelve sagrado en la imaginación humana. Me regocijo con ello.

Y así, casi sin notarlo, la noche va invadiendo la estancia. Mudan los rojos a granates apagados y quedan velados los contornos de las figuras. También yo me siento más indefinido en esa luz crepuscular. He dejado de distinguir los objetos con los que se rodea Mario cuando trabaja en su estudio: paleta y pinceles, pequeños restos arqueológicos, figurillas, bocetos y libros. La penumbra los va secuestrando uno a uno mientras un irresistible sopor se apodera de mí. Acomodado en el palo de una veleta aún a medio pintar, en breve quedo entregado al sueño; y así permanezco hasta que los tímidos rayos de la aurora vuelven a encenderlo todo.

Luego he salido del cuadro y no he mirado atrás, pero intuyo que algo mío ha quedado en él. Tal vez una velada sombra. Sé, con toda seguridad, que Mario sabrá adivinarla.